

**Salmerón, Alicia y Gantús, Fausta (coords.),  
*Un siglo de tensiones. Gobiernos generales y fuerzas regionales, dinámicas políticas en el México del siglo XIX*,  
Instituto Mora-Conahcyt-Universidad Autónoma de Campeche, México, 2024, Tomo I, 378 pp. y tomo II, 332 pp. ISBN: 9786078953325**

*Hubonor Ayala Flores\**

*Un siglo de tensiones. Gobiernos generales y fuerzas regionales, dinámicas políticas en el México del siglo XIX*, coordinado por Alicia Salmerón y Fausta Gantús es un libro en dos tomos que reúne a 20 destacados historiadores, adscritos a diferentes instituciones nacionales, donde en 18 capítulos, más una introducción, los estudios de caso presentados tienen como escenario 14 estados de la República Mexicana y es el resultado de la ardua labor del Seminario de Historia Política, coordinado ellas mismas en el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (Instituto Mora) de México.

Al ser una obra tan vasta y generosa, es necesario resaltar las generalidades de esta, para después hacer una breve semblanza sobre algunas colaboraciones de los autores que me parecieron relevantes. No puede haber mejor término que la palabra “tensiones” para referirse a los procesos políticos, económicos, sociales y culturales de México en el siglo XIX. En la introducción, las coordinadoras nos precisan que la expresión “tensiones centro-región” es para la obra presentada “(...) un complejo conjunto de relaciones políticas conflictivas entre autoridades nacionales y las de las provincias, estados o departamentos (...)” (t. I, p. 15). Como antecedente, décadas antes del inicio de la Revolución de Independencia, en la otrora Nueva España, se gestaron y pusieron en práctica una serie de cambios y ajustes en casi todos los aspectos de la vida regional, desde la formulación de nuevas demarcaciones territoriales

\* Universidad Veracruzana, México. Correo electrónico: [hayala@uv.mx](mailto:hayala@uv.mx).  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6235-6019>

con sus nuevas autoridades y funcionarios reales; la imposición de mayores contribuciones económicas para la Corona española; la creación y organización del ejército en territorios americanos; hasta otros aspectos como los nuevos marcos reglamentarios e instituciones. Heredero de esa complejidad de ajustes, el siglo XIX mexicano arranca y termina en un incesante reacomodo de fuerzas, acuerdos y conflictos desde el centro político (la Ciudad de México), residencia del gobierno general, por una parte, y las diferentes regiones del país: dominadas por los gobernadores, los municipios, los liderazgos militares y otros personajes. Dicho reacomodo continuará hasta el siglo XX y, me atrevería a decir, el XXI.

La obra es un verdadero aporte a la historia e historiografía política del país. El lector no encontrará aquí las categorías y conceptos historiográficos de moda en la academia, por el contrario, se analizan procesos histórico-sociales complejos y profundos, con planteamientos históricos críticos, con un análisis de fuentes completo, esfuerzo que evidencia el resultado de la disciplina del trabajo individual, pero también del colectivo. Auguro, y estoy convencido, que el libro pasará a ser con el tiempo uno de los clásicos de la historiografía, pues pocas veces se analizan, con tanto detenimiento y profesionalismo, tópicos pendientes como el del conflicto centro-regiones.

Fiel al espíritu de las coordinadoras del seminario y del libro, este puede leerse además como un manual metodológico para los estudios de la historia política, pues cada uno de los planteamientos giran alrededor de las tensiones entre el gobierno general, por una parte, y los gobiernos estatales o provinciales, junto a liderazgos y autoridades regionales y locales, por la otra. Además, siempre se pone el acento en momentos coyunturales de las tensiones, pero sin dejar de lado la importancia y explicación de los contextos local, regional, estatal, nacional y global. El análisis de los antecedentes y contextos históricos, así como la reconstrucción biográfica de los personajes y de los grupos analizados, vienen a completar esta magnífica labor, en la que el lector encontrará una explicación histórica profesional en cada caso abordado.

En varios aspectos, los diferentes capítulos del libro realizan un ajuste de lente con el que tradicionalmente se han visto algunos procesos histórico-políticos regionales, ya sea aclarando sus etiologías, puntualizando el desarrollo de los procesos y, algunas veces, echando por tierra supuestos de la historiografía política general y regional, todo ello gracias a un esmerado y profesional ejercicio de la historia y la búsqueda de sustentos documentales. Otro de los aportes de *Un siglo tensiones...* es el gran conocimiento del marco reglamentario, fundamental para entender a los procesos políticos. A la par del poder político, en las esferas regionales hubo otras tensiones que tuvieron que ver también con el control militar y recaudatorio: el ejercicio de los liderazgos, el uso de la prensa para defender y atacar banderas o grupos, así como de los

procesos electorales. La urdimbre de todos estos factores permite a los autores analizar ciclos de creación, desarrollo, contracción y fractura de los actores y grupos de todas las escalas del gobierno. Para finalizar esta parte, quiero anotar la importancia de las fuentes consultadas, en las que destaca la consulta de la prensa decimonónica, a la par de los archivos de orden general y estatal que sobrevivieron, los archivos personales, que aportan fuentes epistolares y demás informes oficiales, memorias y escritos de la época.

Ahora me enfocaré brevemente en algunas de las colaboraciones del libro, para que los lectores tengan una idea de los estudios de caso. Sobre los intereses políticos que encumbraron a José Ignacio Álvarez como gobernador del Departamento de Michoacán durante la primera República Centralista en México, nos habla Nely Noemí García, quien explica que no siempre fue el centro del país el que determinó estas designaciones, sino los grupos regionales interesados, pero que tampoco lo anterior fue garantía de las buenas relaciones del gobierno departamental con los poderes locales y el federal. Álvarez, de quien no hay muchas referencias, tuvo que lidiar, al igual que otros gobernantes de su época, con levantamientos armados como el de Gordiano Guzmán. A pesar de las mermas financieras al erario michoacano y los destrozos causados por este movimiento, el gobernador pudo mantenerse en su puesto, haciendo equilibrio entre las necesidades y solicitudes del gobierno centralista y las de los grupos regionales michoacanos, lo que, al final de cuentas, se tradujo en una carrera política de más largo alcance en el gobierno central.

Por su parte, Pavel Navarro Valdez analiza los complicados años de 1845-1848 para los grupos políticos regionales duranguenses, que se vieron envueltos entre el regreso al federalismo y la Guerra contra los Estados Unidos de América. Dos fueron los gobernadores que participaron activamente en la política duranguense: Francisco Elorriaga, personaje afiliado al sistema de gobierno republicano y Marcelino Castañeda, su sucesor, a quien le tocó sortear la Guerra contra Estados Unidos de América. Las prioridades de los grupos políticos duranguenses, más que enfocarse en la guerra, giraron en torno a tejer alianzas con las élites propietarias y el poder eclesiástico regional, así como repeler los ataques de los apaches. Lo anterior supuso algunos problemas, pues el gobierno general buscó hacerse de recursos para la guerra, a partir de los bienes de manos muertas de la Iglesia católica, lo que fue rechazado por el gobierno y la legislatura duranguenses. Con lo anterior, se posicionó ante la esfera nacional, pero también se determinó el rumbo de la guerra. A partir de ello, quedó claro que las preocupaciones regionales se anteponían a los intereses del gobierno general, sin embargo, los duranguenses pudieron negociar y satisfacer algunas de las demandas del centro, sin dejar de lado sus prioridades regionales.

Israel Arroyo y Felipe Antonio Ramírez analizan la construcción de las redes, así como el liderazgo político y militar del poblano, Juan N. Méndez. También nos muestran la complejidad de las elecciones y el reordenamiento territorial poblano entre 1867 y 1868, y cómo la participación militar de Juan N. Méndez proyectó su presencia en las esferas regional y nacional. Las tensiones entre los poblanos con el gobierno juarista muestran las dificultades del gobierno general para hacer efectivo el control de los estados y la supervivencia de los grupos regionales, que esperaron mejores oportunidades políticas en las coyunturas electorales y levantamientos militares.

Ivette García Sandoval analiza a José Salazar Ilarregui y su participación política en Yucatán, como comisionado imperial. Con una formación más profesional, que política, Salazar es uno de los personajes que escalaron velozmente en la administración del Segundo Imperio Mexicano, que esperaba designar a los administradores más racionales para sus nuevas demarcaciones. Desde su nombramiento como Comisario imperial de Yucatán en julio de 1864, Salazar constató las dificultades de gobernar a los emeritenses, así como a los mayas y a los pobladores recién llegados. Su política tuvo que fluctuar entre el orden y el consenso, a la vez que lidiar con el carácter segregacionista y de privilegios de los yucatecos, así como con la Guerra de Castas.

Fausta Gantús, por su parte analiza las complejas relaciones entre los grupos de poder político campechano a inicios de la República Restaurada, en torno a la caída del gobernador Pablo García. La autora desmenuza la constitución y trayectoria de éstos en el recién creado estado de Campeche: los barandistas y los García-Aznaristas, en los que influyeron el paisanaje, el acceso a los puestos públicos, la formación profesional, así como las cercanías y afinidades accidentales o no, con otros personajes prominentes de la vida nacional como Benito Juárez, Miguel Lerdo o Porfirio Díaz. En palabras de Fausta Gantús, y refiriéndose tanto a la historia política decimonónica como a su estudio de caso: “De muchos modos menos de asépticas podemos calificar las relaciones entre los diversos poderes políticos —legislativo, ejecutivo y judicial— y territoriales —municipales, estatal y nacional— que podemos definir en permanente disputa por el dominio del control público” (t. II, p. 171).

Alicia Salmerón analiza la trayectoria y los momentos coyunturales de la carrera administrativa y política, de Teodoro A. Dehesa, quien fue el último gobernador porfirista del estado de Veracruz. Llegar y permanecer en estos puestos, fue el resultado de un entramado proceso que lo mismo implicó el aprovechamiento de las redes familiares, el refrendo de las antiguas alianzas y lealtades políticas, así como el cultivo de relaciones con miembros del gobierno general, como el secretario de justicia, Joaquín Baranda. Salmerón Castro nos demuestra que Teodoro A. Dehesa supo promoverse desde los cargos de vista de aduanas y administrador de la aduana de Veracruz, hasta los

puestos políticos, a pesar de sus detractores. Del mismo modo, sus lealtades con el presidente Porfirio Díaz y el saber tejer relaciones con el centro, le permitieron a Dehesa alcanzar la gubernatura del estado de Veracruz, no así los puestos anhelados en el gobierno general porfirista.

Para finalizar, *Un siglo de tensiones...* plantea una vez más, desde la academia, la necesidad de entender el curso de la historia política del país y de los procesos nacionales desde un orden distinto al que hasta hace poco planteaba la historiografía tradicional. Analizar y comprender los procesos internacionales nacionales, regionales y locales como parte de una misma explicación histórica, ayuda a reflexionar los procesos históricos de México y a visualizar a las regiones como interlocutores incessantes en el devenir de ese país.